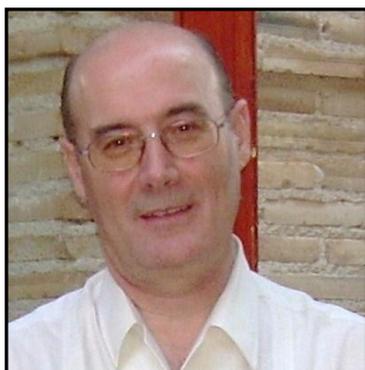


Entrevista a Felipe B. Pedraza y Rafael González Directores de las Jornadas de Teatro Clásico de Almagro



Felipe B. Pedraza Jiménez



Rafael González Cañal

Para no comenzar esta entrevista por el tejado, lo primero que nos gustaría saber es por qué y cómo surgen las Jornadas de Teatro Clásico de Almagro

FELIPE B. PEDRAZA:

Las Jornadas de teatro clásico de Almagro son un invento de la transición política. En 1978 el entonces director general de Teatro, Rafael Pérez Sierra quiso crear una institución que permitiera el contacto, en ese momento inexistente, entre los artistas teatrales y los investigadores universitarios. Con muy buen criterio, pensó que el decorado idóneo para ese encuentro era la ciudad de Almagro, en la que se conserva el único teatro comercial del siglo XVII que se ha mantenido a lo largo del tiempo con su estructura original y que está actualmente en uso. No fue fácil la labor, porque en aquel entonces Almagro carecía de una infraestructura hotelera adecuada (los participantes tuvieron que alojarse en el parador de Manzanares). Tampoco disponía de unas instalaciones idóneas para este tipo

de encuentros (se usó el salón de plenos del ayuntamiento). Para «ilustrar y amenizar» este encuentro académico se programaron un par de obras de nuestro repertorio clásico. Con estas representaciones se daba continuidad a diversos ensayos de ciclos de teatro veraniegos que se habían ofrecido con anterioridad (algunos de ellos retransmitidos por la Segunda Cadena de TVE en el programa «Teatro de siempre»). A pesar de los cambios en la dirección general y en el gobierno de Adolfo Suárez, las Jornadas permanecieron y se consolidaron. Con ellas, también fueron creciendo las representaciones de clásicos. Se consideró conveniente nombrar un director para organizar estos eventos. En su quinta edición, César Oliva, que había sido nombrado para dirigir las Jornadas, creyó conveniente modificar el nombre y la estructura del encuentro. Desde ese momento, pasó a llamarse «Festival de teatro clásico de Almagro», aunque continuó con el ordinal que correspondía a las Jornadas: V Festival... Desde entonces, el simposio académico-teatral ha constituido una parte del conjunto: su alma intelectual, por así decirlo. Lo han dirigido muchísimas figuras destacadas de la investigación filológica e histórica sobre el drama y la escena. Entre ellos, el maestro Francisco Ruiz Ramón, el propio César Oliva, José María Díez Borque, Luciano García Lorenzo, Alonso Zamora Vicente... En 1991 hubo ciertas dificultades, que se salvaron en el último momento. Al patronato que regía el Festival le pareció conveniente encomendarle esta tarea a la Universidad de Castilla-La Mancha, que estaba dando sus primeros pasos por aquellos años. Con ello se pretendía dar estabilidad a su organización. En marzo de ese año yo había ganado las oposiciones de titular de literatura española y en octubre tomé posesión. El entonces rector, Luis Arroyo Zapatero, me encomendó la dirección de las Jornadas y del Instituto Almagro de teatro clásico. Para mí, fue una gozosa vuelta a mis orígenes: yo había estudiado arte dramático en Barcelona y siempre fui apasionado de la comedia española. En compañía de Rafael González Cañal, perfilé lo que en lo sucesivo iban a ser las Jornadas. En mi concepto, uno de los problemas que se notaban en los últimos años era el carácter cerrado, limitado a un



reducido grupo de especialistas y hombres de la escena, que ya conocían todos los postulados de sus interlocutores. Pensamos que, en aquellas circunstancias, era conveniente incorporar un público nuevo, a ser posible numeroso, que obligara a los especialistas a aclarar sus posturas y a disciplinar sus intervenciones. Creo que la apuesta no fue desafortunada. Desde la XV edición (1992) hasta la XXXIII (2010) las Jornadas han gozado de plena estabilidad, las ha organizado un equipo cohesionado y han desarrollado, con los inevitables altibajos, un programa razonable de reflexión. Además, han afianzado un público de jóvenes especialistas y han publicado las actas correspondientes sin desmayos ni lagunas.

¿Qué significa para usted organizar anualmente unas jornadas de teatro clásico?

FELIPE B. PEDRAZA:

Como he señalado en la respuesta anterior, organizar las Jornadas supone para mí un inmenso placer y no pocos quebraderos de cabeza. Las sucesivas ediciones me han permitido abordar aspectos de la comedia española que me interesan como lector, espectador e investigador de la materia. Me han puesto en contacto con muchos otros investigadores del todo el mundo, con los que hemos logrado formar un círculo de amistad y camaradería que creo muy estimulante. En torno a las jornadas se reúnen cada año más de un centenar de jóvenes estudiantes y estudiosos interesados por el teatro clásico. Hemos conseguido crear un equipo con el que me siento muy a gusto y del que estoy muy orgulloso. Naturalmente, esto no se hace sin esfuerzo y, con frecuencia, con cierta tensión en el trabajo. Hay que conciliar muchos factores, intereses diversos, atender a multitud de cuestiones prácticas: programas, alojamientos, viajes, manutención, coordinación de las actividades, relaciones con otras instituciones. A veces, todo esto constituye un rompecabezas. Felizmente, gracias al equipo del que antes he hablado, año tras año las Jornadas llegan a buen puerto.



RAFAEL GONZÁLEZ CAÑAL:

Supone un momento y un lugar para reunirme con colegas y especialistas en teatro clásico español y para poder intercambiar opiniones e informaciones sobre distintos aspectos de la investigación en este campo. Asimismo, me sirve para conocer actores y directores de teatro y para reflexionar sobre las puestas en escena de obras clásicas que se llevan a cabo cada año.

¿Qué repercusión tiene este tipo de eventos en la sociedad?**FELIPE B. PEDRAZA:**

Yo quisiera que tuvieran un notable impacto. No tanto por el equipo que organiza las Jornadas y mucho menos por los autores clásicos, que nada pueden esperar de este mundo, sino porque estoy convencido de que la comedia española es una de las creaciones más notables de la humanidad. Creo que los beneficiarios principales de este tipo de actividades son los lectores y espectadores del teatro clásico. Si somos realistas, nuestra labor, fatalmente, tiene un impacto limitado. También es verdad que no pretendemos congregarnos a las masas en torno a unos debates académicos. Aspiramos a contribuir a la formación de futuros espectadores, actores, profesores e investigadores, y que el conocimiento de la escena áurea sea cada vez un poquito más completo.

RAFAEL GONZÁLEZ CAÑAL:

Creo que tienen una gran repercusión entre los estudiosos y aficionados al teatro. Es verdad que en la sociedad este tipo de jornadas y reuniones científicas pasan bastante desapercibidas. No obstante, hemos tenido una media de 150 asistentes en los últimos 19 años, con lo que estamos hablando de cerca de 3.000 participantes entre todas las ediciones



que hemos organizado. Son muchos y de muy diversas procedencias los que han pasado por Almagro y por nuestras jornadas para ver y para hablar de teatro. Estoy seguro de que para muchos de ellos habrá sido una experiencia inolvidable y hoy serán espectadores habituales y aficionados al teatro clásico español.

Si nos fijamos en la cartelera teatral, vemos los mismos títulos de Lope y Calderón de toda la vida. Teniendo en cuenta el gran corpus teatral áureo, ¿por qué cree que no se apuesta por ofrecer más variedad? ¿Es una cuestión «comercial»? ¿Lo «nuevo» es arriesgado, no vende? Nos gustaría saber cuál es su opinión sobre el repertorio actual del teatro aurisecular.

FELIPE B. PEDRAZA:

Mi opinión es que muchas de las obras que están en repertorio reúnen méritos más que sobrados para que fijemos nuestra atención en ellas. *La vida es sueño*, *El alcalde de Zalamea*, *El perro del hortelano* o *Don Gil de las calzas verdes* son obras maestras del teatro universal. Está plenamente justificada la atención que les pueden prestar los cómicos y los espectadores. Es verdad también que una parte del actual repertorio es fruto de ciertos azares del mundo de la crítica y la edición. Así, por ejemplo, me parece un dislate que la única obra que se representa de vez en cuando de Rojas Zorrilla sea *Entre bobos anda el juego* y no *Donde hay agravios no hay celos*, que es, en mi concepto, una propuesta infinitamente más perfecta y actual. También creo que es fruto de una distorsión histórica la escasa atención relativa que se presta a *El castigo sin venganza* en comparación con algunas comedias de comendadores, de menor entidad estética. No comprendo cómo hay directores de relieve que aceptan pasar por la profesión sin haberse enfrentado a esta magna tragedia de Lope. Al margen de esto hay unas decenas de comedias y tragedias de primerísimo orden que rara vez se ven en los escenarios. Pienso, por ejemplo, en *Los cabellos de Absalón* o *Los malcasados de Valencia* o *Eco y Narciso* o *El marqués de*



Mantua o *La prueba de las promesas* y un largo etcétera. Es evidente que en nuestro sistema de producción actual no cabe el inabarcable repertorio de la comedia española, pero sí se debería tender a abrir algo más la lista de las obras representadas y depurarla con un sentido crítico más afinado.

RAFAEL GONZÁLEZ CAÑAL:

No estoy de acuerdo en que siempre se representen los mismos títulos. Creo que, poco a poco, se va enriqueciendo el repertorio. Lo que ocurre es que es muy difícil para una compañía privada apostar por un título desconocido. Una buena parte del público que asiste al teatro es un público ocasional y desconocedor de nuestro repertorio clásico. Este tipo de público quiere ver en escena una obra de las consideradas canónicas, como *La vida es sueño* o *El caballero de Olmedo*, y es difícil que acepte de igual forma un título menos conocido, incluso aunque sea de uno de nuestros grandes autores. Es el mismo fenómeno que ocurre con los actores: una gran parte del público prefiere ver en el escenario a un actor conocido, aunque solo sea por una serie de televisión, y no aprecia, en cambio, cuando se encuentra ante uno de los grandes actores del teatro español, pero que tienen menos nombre y menos fama entre el gran público.

Creo que el repertorio actual del teatro del Siglo de Oro es amplio y adecuado. Mucho ha hecho en este campo Eduardo Vasco y la Compañía Nacional de Teatro Clásico. Aparte de visitar los títulos consagrados por la tradición (*El alcalde de Zalamea*, *El caballero de Olmedo*, *El castigo sin venganza*, etc.) ha ido incluyendo en el repertorio otras obras menos frecuentadas y en muchos casos desconocidas para el gran público. Además, hay otras compañías que también están haciendo una gran labor en cuanto a la ampliación del repertorio. Ahí tenemos a Ana Zamora y su compañía Nao d'amores que ha recuperado para la escena muchos textos medievales y renacentistas.



Un tema muy debatido es si los clásicos deben actualizar sus puestas en escena ¿Qué opina al respecto? ¿Es una forma de acercar las obras al público de hoy en día o, por el contrario, cree que al actualizarse se pierde el atractivo de la pieza?

FELIPE B. PEDRAZA:

La representación es, siempre, una inevitable actualización del texto. Es metafísicamente imposible representar una obra de forma fiel a una esencia que nadie puede determinar. El teatro es un fenómeno, algo que surge en un momento gracias a la conjunción de factores muy diversos. A veces se entiende que actualizar a los clásicos es representarlos de manera extravagante, contradiciendo a propósito los signos que están cifrados en el texto. Hace unos meses, en un congreso organizado por ProLope en Barcelona, propuse que frente a la extendida teoría de que la dirección escénica ha de dirigirse hacia una trasgresión del texto de Lope o Calderón, deberíamos caminar hacia una lectura escénica que aprovechara al máximo el complejo, rico y coherente sistema de signos que se nos ofrece en las grandes piezas clásicas. Estoy convencido de que la complicidad resultará mucho más rentable estéticamente que la trasgresión. Aunque no niego que se puedan dar excelentes espectáculos trasgresores, me parece que es más difícil, es más improbable que se den si se empeñan en contradecir los signos que dispusieron hace cuatro siglos Molière, Shakespeare, Lope o Calderón.

RAFAEL GONZÁLEZ CAÑAL:

Estoy de acuerdo en actualizar la puesta en escena de un clásico siempre que no se desvirtúe el texto y la obra original. Mejor dicho, siempre se puede actualizar, cambiar y modernizar una obra, pero, para ser honestos, creo que hay que advertirlo en los carteles y en los programas de mano. No es lo mismo ir a ver una obra de Lope de Vega que un montaje inspirado o basado en una obra de este autor. Un ejemplo de actualización de una obra sin perturbar el texto original del autor es el montaje que nos ofreció en



2007 la Compañía Nacional de Teatro Clásico de *El castigo sin venganza* de Lope, dirigido por Eduardo Vasco.

¿El texto es sagrado?

FELIPE B. PEDRAZA:

Ni lo es ni lo ha sido ni lo será ni lo puede ser. Pero en los textos de las obras maestras encontramos un sistema de signos coherente, perfecto en su realidad, que conviene no destruir, salvo que tengamos un producto sígnico, semiológico de calidad superior. Si admiramos algunas comedias de Lope, Tirso o Calderón es precisamente por la perfección de su estructura, su lenguaje, sus personajes. Parece temerario, incluso disparatado, ir en contra de esa perfección, y sustituirla por ocurrencias del momento. Por lo común esas ocurrencias no tienen gracia. Si la tuviera, ya las habrían escrito así Lope, Tirso, Calderón, Molière o Shakespeare, que eran más graciosos y más geniales que los que se empeñan en deturparlos.

RAFAEL GONZÁLEZ CAÑAL:

No, el texto no es sagrado, pero el sentido y la intencionalidad de la obra sí. Es evidente que resulta necesaria una mínima actualización de cara al público actual, lo que se viene a llamar «peinar el texto». En efecto, hay frases hechas, refranes y vocablos que no son comprensibles para un público medio actual y no merece la pena mantenerlos. Además, hay determinados términos y giros, desconocidos para el espectador actual, que no afectan para nada a la comprensión general del pasaje; por eso, el adaptador de la obra debe decidir en cada caso cuando corta unos versos o cuando sustituye una palabra por otra.

¿En qué medida las Jornadas de Teatro Clásico de Almagro fomenta la unión entre la vertiente más académica y la correspondiente a la



práctica teatral? Quizás sea una apreciación personal, pero ¿no cree que los profesionales de ambos mundos no acaban de comprenderse o de tenerse en cuenta a la hora de trabajar en sus respectivos campos?

FELIPE B. PEDRAZA:

Las Jornadas de teatro clásico nacieron con esa intención: reunir en un foro a investigadores académicos y artistas del teatro. No es fácil conseguir ese objetivo porque los ritmos, métodos de trabajo y fines de cada profesión son muy distintos. Un profesor ha cumplido cuando edita con rigor y solvencia una comedia ignota, de relativo interés estético pero de algún relieve histórico, se imprimen quinientos ejemplares y llega a unas cuantas bibliotecas especializadas, donde duerme el sueño de los justos hasta que veinte años después otro investigador vuelve sobre ella. Ese ritmo no tiene sentido en el teatro, cuyos productos hay que consumirlos en caliente y por un público masivo, al que hay que convencer en cada representación. Es lógico que los profesionales competentes y serios de la investigación universitaria y de la escena tengan puntos de vista muy diferentes. No es sensato pensar que pueden trabajar al unísono ni centrar su atención en los mismos fenómenos. Lo que han conseguido las Jornadas de Almagro y otras varias (Almería, Olmedo...) que han seguido sus pasos, es que no se ignoren, que se tengan en cuenta en determinados momentos, que entablen algunos diálogos. Las Jornadas son una reunión académica, pero son también una escuela de espectadores. La Compañía Nacional de Teatro Clásico, que también nació en Almagro, mantiene los *Cuadernos de teatro clásico* consagrados a la investigación sobre los textos y la escena áurea. Algo se ha conseguido.

RAFAEL GONZÁLEZ CAÑAL:

Depende de los casos. Creo que se ha hecho mucho en este aspecto. En las primeras jornadas se percibía esa barrera e incluso un cierto desprecio mutuo entre ambos mundos. Ahora ya no es así, salvo en contados casos. Creo que hemos aprendido mucho unos de otros y sobre todo estoy



seguro de que ambas vertientes se complementan. Mucho se enriquece un filólogo cuando escucha el punto de vista de un director de escena que está montando una obra y, como contrapartida, el director escénico puede necesitar del apoyo de filólogos y especialistas a la hora de trabajar con textos dramáticos clásicos.

¿Qué objetivos se han cumplido tras treinta y tres ediciones de Jornadas? ¿Cuáles quedan por cumplir?

FELIPE B. PEDRAZA y RAFAEL GONZÁLEZ CAÑAL:

Se ha logrado acercar dos mundos con un punto de partida común pero con intereses y objetivos muy distintos. Se ha mantenido una atención sostenida y regular sobre la comedia española, con lo que presumiblemente ha mejorado nuestro conocimiento de teatro clásico. Se ha hecho una revisión de los principales temas y autores del teatro del Siglo de Oro. Se han ofrecido a un amplio público académico las primicias de la investigación en curso, lo que posiblemente ha podido contribuir al mejor conocimiento y manejo de los métodos de trabajo científico en este campo. Se ha difundido a través de la colección «Corral de comedias» los resultados científicos de estas reuniones. Se ha formado la sensibilidad de unos espectadores que se convierten en muy poco tiempo en formadores de nuevas hornadas de escolares y estudiantes universitarios. Los resultados nunca son enteramente satisfactorios, pero, como todos los signos son relativos-negativos, para juzgar adecuadamente los resultados de las Jornadas hay que comparar la situación actual con la que existía en el momento de su nacimiento. No creo que haya mucha duda: algo se ha mejorado. No veo que haya objetivos específicos que cumplir. En nuestro concepto, lo que deben hacer las Jornadas es perseverar en la atención a los objetivos que vienen persiguiendo desde hace treinta y tres años.



¿Qué opina de otras jornadas y festivales de teatro clásico que se realizan en España?

FELIPE B. PEDRAZA:

Almagro puede enorgullecerse de haber sido un modelo prolífico. A partir de las Jornadas y el Festival han nacido muchos otros que comparten con ellos el interés por el valiosísimo patrimonio que nos ha legado el teatro barroco. Se dice, con razón, que el pecado capital de los españoles es la envidia. Creo que Almagro no ha caído en él. Mi impresión es que siempre ha mirado con simpatía cualquier intento de promover el teatro clásico y, en la medida de sus posibilidades, ha contribuido a que cuajaran nuevas iniciativas. Entre los varios festivales de teatro clásico (Olite, Chinchilla, Niebla, Alcalá...) hay dos que quizá son los más afines a Almagro: Almería y Olmedo. En los dos tiene un peso específico la actividad académica y las investigaciones. Entre todos ha existido siempre una cordialidad y una camaradería poco habituales.

RAFAEL GONZÁLEZ CAÑAL:

He asistido con regularidad a las Jornadas de teatro del Siglo de Oro de Almería. Con su creador y director hasta la fecha, Antonio Serrano, he colaborado a lo largo de estos años y hemos compartido e intercambiado todo tipo de informaciones, opiniones y experiencias. Además, el Instituto Almagro de teatro clásico mantiene desde hace años una serie de becas para que nuestros alumnos puedan acudir a dichas Jornadas. De esta forma los alumnos de la Universidad de Castilla-La Mancha han tenido y tienen el privilegio de asistir a dos de los acontecimientos más importantes que se celebran en torno al teatro clásico: las Jornadas de Almería y las Jornadas de Almagro en el marco del Festival. Desde hace unos años también participo en Olmedo Clásico, el Festival de teatro clásico que hemos visto nacer y crecer con fuerza en la villa del Caballero. Con uno de sus directores, Germán Vega García-Luengos, me unen lazos profesionales y de amistad que han hecho que llevemos a cabo muchos proyectos juntos en los últimos



años. La colaboración, pues, con el magnífico Festival que se desarrolla cada mes de julio en el Olmedo es un placer.

¿Cómo ve el futuro de los clásicos?

FELIPE B. PEDRAZA:

A pesar de los problemas del sistema educativo, a pesar de los mezquinos intentos de arrinconamiento a que a veces asistimos, a pesar de esta sociedad globalizada y un tanto caótica, los clásicos nos ofrecen una poderosísima visión del mundo, nos permiten conocernos mejor a nosotros mismos, nos muestran también otras tablas de valores que difieren de las nuestras y que, por eso, enriquecen nuestra percepción de la realidad, nos ponen ante los ojos estructuras estéticas sobrecogedoramente perfectas, complejas... Los necesitamos para ser más hombres, para comprender la sorprendente realidad del ser humano, que es, no lo olvidemos, una curiosa extravagancia de la naturaleza.

RAFAEL GONZÁLEZ CAÑAL:

Creo que los clásicos gozan de buena salud y no hay que preocuparse en exceso. Es verdad que resulta difícil atraer al teatro y más a los montajes de clásicos al público joven, inmerso como está en una sociedad de ocio y consumo muy alejada de estos menesteres. No obstante, soy optimista y creo que con el paso de los años todo el mundo percibe la importancia de los clásicos y cómo hay unos mensajes intemporales, que atañen a lo esencial de la condición humana, que nos pueden llegar a través de sus obras. Lo que hay que hacer es buenos montajes, porque algunos de los textos de nuestros clásicos tienen una fuerza y una actualidad fuera de toda duda.



Para finalizar, simplemente quisiéramos saber cuál ha sido el montaje teatral que más le ha impresionado, aquella representación que jamás podrá olvidar.

FELIPE B. PEDRAZA:

Llevo asistiendo con regularidad a representaciones de obras clásicas desde los once años. He visto unos cuantos miles de representaciones. Es difícil señalar un título, un director, un montaje. Pero, puesto en el brete, señalaré media docena de espectáculos que, bien por su calidad intrínseca o por las circunstancias en que asistí a ellos, se me han quedado grabados en la mente y en el corazón: *El castigo sin venganza* de Daniel Bohr, *Medida por medida* de Miguel Narros (Teatro Español), *La dama duende* de José Luis Alonso Mañes (Compañía María Guerrero), *No hay burlas con Calderón* de Ángel Facio (Centro Dramático Nacional), *Casa con dos puertas* de Manuel Canseco, *Los cabellos de Absalón* de José Luis Gómez (Teatro Español), *No puede ser...* de Josefina Molina (Compañía Nacional de Teatro Clásico), *El sueño de una noche de verano* de Denis Rafter (RESAD), *La gran sultana* de Adolfo Marsillach (Compañía Nacional de Teatro Clásico), *El alcalde de Zalamea* de José Luis Alonso (CNTC), *Don Gil de las calzas verdes* de Adolfo Marsillach (CNTC), *No son todos ruiseñores* de Eduardo Vasco (Cía. Noviembre), *El mayor hechizo, amor* de Fernando Urdiales (Teatro Corsario), *El castigo sin venganza* de Yolanda Mancebo (RESAD), *El alcalde de Zalamea* de Eduardo Vasco (CNTC)... He enumerado más de la media docena prometida. Sin duda, he sido injusto con muchos otros espectáculos magníficos a los que he tenido la fortuna de asistir.

RAFAEL GONZÁLEZ CAÑAL:

Guardo un gran recuerdo de las primeras representaciones a las que pude asistir en el Festival de Teatro Clásico de Almagro como, por ejemplo, *El alcalde de Zalamea*, dirigido por José Luis Alonso Mañes en 1989, con un excepcional Jesús Puente en el papel de Pedro Crespo, el montaje de *La*



verdad sospechosa de Ruiz de Alarcón, que dirigió Pilar Miró en 1992 y que pude ver en el escenario que entonces se montaba en la plaza de Santo Domingo, o el magnífico espectáculo que realizó Adolfo Marsillach al año siguiente en el Hospital de San Juan a partir de un texto cervantino poco frecuentado y que nunca se había llevado a las tablas: *La gran Sultana*. Tampoco quiero dejar de citar alguno de los montajes que he podido ver en los últimos tiempos como, por ejemplo, *El alcalde de Zalamea* de la Compañía Nacional de Teatro Clásico, con dirección de Eduardo Vasco, que se representó en esta última edición del Festival de Almagro.

